

La  
conquista  
del  
**ESPACIO**

BOLSILIBROS

# SOLDADOS DEL ESPACIO

**A. Thorkent**

**CIENCIA FICCION**



Las tropas británicas, francesas, neozelandesas y australianas combaten encarnizadamente al ejército otomano en la batalla de Gallípoli a principios de 1916, durante la I Guerra Mundial.

Tratando de repeler una carga sobre sus posiciones, los británicos al mando del capitán Thomas Allembly, se baten cuerpo a cuerpo en las trincheras con el enemigo cuando, inesperadamente, el aire caliente de la batalla se torna frío, glacial, un silencio sepulcral los rodea y todo se vuelve oscuridad...

Otro lugar, otro tiempo, la princesa Asiara descende por las ásperas laderas internas de un cráter. El general Larmi3n la sigue nervioso y con dificultad hasta su base, acompa3ado por un grupo de soldados y monta3eros. Es la primera en llegar y andar por la llanura cubierta de grandes baldosas que rodeaban Torvae. Ante todos ellos, alzándose majestuosas hacia el cielo, est3an seis torres cilíndricas, unidas por una muralla de bloques de metal. Los trovadores y escritores habían descrito desde tiempos inmemoriales la misteriosa Torvae como un cúmulo de ruinas, testimonio triste de la pasada gloria de Alombaga y demás pueblos Ohba.

## CAPÍTULO PRIMERO

Tomó la colilla encendida que le pasó el sargento MacClure y con la punta de los dedos se la llevó a los labios. La larga chupada hizo correr vertiginosamente la brasa y se quemó los dedos. La tiró y saboreó el humo, consciente de que tal vez no volvería a fumar en muchos días.

Los suministros no habían mejorado desde hacía meses y quizás no llegasen más, si eran ciertos los rumores que corrían de que aquel mismo mes serían reembarcados. El capitán Thomas Allembly hundió las manos en los bolsillos del capote sucio y lleno de barro con el cual intentaba mitigar el frío de la madrugada.

—¿Será cierto, señor? —oyó que le preguntaba el sargento.

—Se ha rumoreado lo mismo muchas veces —replicó el capitán echando un vistazo por encima de la trinchera.

Retiró la cabeza rápidamente. Las líneas turcas estaban muy silenciosas aquella mañana, dos de enero de 1916. La niebla que subía desde el estrecho de los Dardanelos se pegaba al suelo de la península de Gallípoli pesadamente, como queriendo penetrar en la tierra removida una y mil veces por los obuses.

—Pero alguna vez tendrá que ser verdad —dijo el sargento mientras limpiaba con un trapo muy sucio su rifle—. Alguna vez tendrán que decidir si dejarnos morir aquí a todos o reembarcarnos.

Thomas le miró en silencio. Luego recorrió con la vista a lo largo de la trinchera, donde, aparte de los centinelas, los hombres aún dormitaban. De su compañía apenas queda-

ban veinte hombres, aunque tenía al mando más de doscientos, procedentes de otras unidades que se habían quedado sin oficiales. Ya había comunicado aquello al mando de la división, la veintinueve, y esperaba que le enviaran algún teniente y varios sargentos para poder organizar a aquellos soldados a los que el desaliento y el cansancio postraba entre las zanjás.

Allembly estaba en Gallípoli desde el fatídico 25 de abril del año anterior, el día en que las fuerzas aliadas francesas y británicas desembarcaron, confiando en una rápida victoria frente a las que estimaban inferiores tropas turcas.

Allá en Londres estaban seguros de que la acción bélica les conduciría en pocos días hasta Estambul. Con la conquista de la parte turca europea confiaban en estrangular al gigante con los pies de barro, el gran enfermo como también llamaban al Imperio Otomano, dominando el Bósforo.

Pero tales esperanzas se habían esfumado hacía muchos meses. La resistencia turca había resultado más fuerte de lo esperada, y las tropas aliadas habían tenido que pegarse al terreno y sufrir cuantiosas bajas, además de padecer disentería y otras enfermedades.

Thomas chapoteó en el barro y caminó hacia el otro extremo de la trinchera. Al pasar frente al polvorín, el soldado que montaba guardia, un joven pelirrojo y lleno de pecas, se puso firmes.

—Tenga los ojos bien abiertos, soldado. Ahí dentro tenemos demasiadas municiones. Si los turcos lo supieran se echarían sobre nosotros como locos.

El soldado asintió y Thomas continuó la ronda. Días atrás el polvorín con cientos de cajas de municiones estaba más lejos de los turcos, pero sufrieron un duro ataque y tuvieron que retroceder, sin poder evacuar los dos millones de cartuchos por falta de enlaces con la retaguardia.

Vio al cabo Fischer doblar un recodo. Le seguía un oficial con el uniforme insultantemente limpio.

Thomas se detuvo y esperó. El cabo le saludó, diciendo:

—Señor, es el teniente Roscoe.

El teniente se adelantó y después de saludar, dijo:

—Me envían a su unidad, capitán.

Thomas se dijo que antes de dos horas aquel limpio uniforme estaría irreconocible a causa del barro. El teniente era joven, apenas tendría unos veinte años. Quizá fuera aquella la primera vez que llegaba hasta una línea avanzada. Se dijo que recibir el bautismo de fuego en un frente como aquel era una mala jugada.

Miró por encima los papeles que le entregó el teniente.

—Bien, Bill. Puedes llamarme Tim —sonrió el capitán—. ¿Puedo saber qué has hecho para que te castiguen enviándote a este infierno?

—¿Señor? —preguntó el teniente enarcando una ceja.

—Olvídalo. Era una broma. Una triste broma.

—Traigo un mensaje para usted del mando, señor.

—Dámelo.

—Lo siento, señor. Es verbal —dijo Roscoe mirando de reojo al cabo.

Thomas indicó a Fischer que se alejase, lo que hizo el cabo mirando al recién llegado de arriba abajo, con evidente desprecio.

—Bien, teniente, dime qué es.

—Señor, tengo que informarle que se va a proceder a evacuar al cuerpo expedicionario. Debe usted disponerlo todo para la retirada. Mañana recibirá instrucciones concretas. El mando desea que sea una evacuación en orden. Debemos evitar que el enemigo se aperciba de nuestros movimientos.

El capitán arrugó el ceño. Aquel muchacho seguía guardando las distancias y no parecía haberse dado cuenta de que él le había dado permiso para tutearlo. Se repitió la palabra retirada. ¿Sería posible que al fin en Londres se hubieran dado cuenta de que allí no tenían nada que hacer? Pensó inmediatamente en la gran cantidad de municiones que almacenaban en el polvorín subterráneo.

—¿Le han dicho que tenemos más de dos millones de proyectiles de fusil, teniente?

—No, señor. Pero supongo que enviarán refuerzos para retirar las municiones...

—Ojalá suponga bien, teniente —suspiró el capitán. Se humedeció los labios y preguntó ansiosamente—: Teniente, ¿tienes un cigarrillo?

Roscoe replicó sonriendo:

—No, señor; no fumo.

Y Thomas tuvo ganas de mandarlo al diablo.

—Bien. Busca al sargento MacClure y que él te diga cuál es la unidad B. En ella encontrarás fusileros de varias compañías. Organiza una lo mejor que puedas y encárgate del flanco de la derecha.

Roscoe saludó y se retiró. Parecía caminar por el fango con cuidado, lamentando manchar sus relucientes botas altas. El cabo se acercó y después de lanzar una imprecación, dijo:

—Me habría gustado que tropezara cien veces mientras le traía aquí, señor, y que se manchase su bonito uniforme de una condenada vez.

Thomas estuvo a punto de decirle que si tenían suerte y los turcos no lanzaban un nuevo ataque quizás Roscoe consiguiese no mancharse el uniforme.

—¡Vaya tipo! —exclamó el cabo—. Y encima no fuma.

No quiso decirle que pronto se largarían de allí. No difundiría la noticia mientras no recibiese la confirmación del mando.

Se subió sobre una caja de madera de munición vacía y con los binoculares oteó el horizonte. Rastreó las trincheras enemigas. Cuando creyó percibir cierto movimiento en ellas temió que se estuviese preparando un ataque.

—¿Es que esos malditos no pueden esperar unos días? —masculló—. Al menos dos. Solo dos días y que se queden con su país para siempre.

—¿Decía, señor? —le preguntó el cabo colocándose a su lado.

—Nada, cabo. Pensaba en voz alta. Corra la voz. El enemigo parece estar preparando un ataque.

—Sucios otomanos —escupió el cabo, marchándose seguidamente.

Primero fue un rumor sordo, que se extendió a todo lo largo de la atormentada tierra que el capitán tenía delante. Luego el ruido creció y empezaron a aparecer las primeras figuras, destacando sobre ellas las afiladas y largas bayonetas.

Los soldados empezaron a apoyar sus rifles sobre el largo de la trinchera y sonaron los gritos de alerta. Thomas vio las gorras escocesas en varios hombres, en lugar de los cascos de acero.

Al frente, la difuminada masa enemiga se hacía más compacta y los gritos de aliento de los oficiales turcos empezaban a resonar con más virulencia. Vio más de un fez rojo y el agitar de sables en el aire.

Thomas llamó al corneta. Quería tenerlo a su lado cuando llegase el instante en que debía ordenar fuego a discreción.

Aquel asalto no había estado precedido por el consabido bombardeo de las piezas turcas. Si el mando enemigo había ordenado un ataque por sorpresa este había dejado de tenerla porque aquellos rudos y valientes soldados turcos ya lanzaban al aire sus gritos de combate mientras las órdenes de sus oficiales les animaban a cruzar la tierra de nadie.

Un soldado colocó a su lado una caja de granadas de mano. Thomas amartilló su revólver después de comprobar que estaba cargado. Lentamente se quitó la gorra de plato, que colgó del cinturón, y se caló el casco de acero. Gritó a los demás soldados que hicieran lo mismo y estos le obedecieron de mala gana.

Se preguntó qué estaría haciendo el nuevo teniente y lamentó que su primer día fuera también su bautismo de fuego.

Levantó el percutor del revólver y en toda la trinchera fue escuchado el ruido de más de cien cerrojos de rifle.

Los gritos del enemigo estaban más cerca y no tuvo ocasión de ordenar el fuego. Alguien disparó y en seguida todos los demás lo hicieron.

Las descargas se sucedían rápidamente. Las ametralladoras empezaron a cantar su larga melodía de muerte y algunos se precipitaron al arrojar las primeras granadas de mano que explotaron a demasiada distancia de los primeros soldados turcos.

A Thomas no le preocupó aquel despilfarro de munición.

Tenían más de la que podían consumir en meses de continuos combates. Aunque los disparos no podían ser muy certeros a tanta distancia podían lograr que los turcos se asustasen ante las primeras bajas y se pegasen al terreno, para más tarde volver a sus trincheras dándoles el culo.

Pero Thomas se dijo que aquello no sucedería. Los turcos eran valientes y lo habían demostrado a lo largo de encarnizados meses de combate. Aunque mal equipados y con armas viejas, en el combate eran terribles, y cuando este se desarrollaba con bayonetas y gumias, en un cuerpo a cuerpo espeluznante, podía temerse un irreparable movimiento de pánico en sus hombres.

Tomó un momento los anteojos y vio que docenas de turcos caían derribados por el intenso fuego británico. Pero seguían avanzando, corriendo y salvando los cráteres de los obuses. Descubrió a un alto oficial otomano. Llevaba un sable en una mano y una pistola en la otra. Era alto y corpulento, casi un gigante. Debía gritar a sus hombres constantemente, animándoles y dando él ejemplo de valentía

corriendo más velozmente que nadie y no permitiendo que ninguno de sus hombres le rebasase.

Thomas tomó un rifle y apuntó cuidadosamente. Apretó el gatillo y con rabia vio que el fez del oficial saltaba de su cabeza. Seguramente la bala le había peinado un poco su negrísimo cabello. Vaciló solo un segundo y luego prosiguió corriendo más velozmente si podía.

Vació el tambor de su revólver y tomó de nuevo el rifle.

Con un rápido movimiento atrajo el cerrojo, expulsó la vaina humeante y colocó otra bala en la recámara. El fuego británico aumentó de intensidad. Los turcos, empero, seguían ganando terreno pese a que iban dejando un trágico rastro de muertos y heridos.

—¡Calen bayonetas! —gritó Thomas. Era la orden que temían los hombres. Sabían que podía evitarse el cuerpo a cuerpo, pero cuando su capitán lo ordenaba era porque este presentía que aquel día no quedaría sin sufrir la tremenda experiencia de enfrentarse a una reluciente bayoneta enemiga que manejaba un hombre de oscura piel y brillantes ojos.

Vio caer a un soldado junto a él. Acudieron los sanitarios y se lo llevaron. Llegaron otros hombres. Traían una ametralladora que instalaron en unos segundos. Empezó a funcionar, y el aire se llenó de vainas que saltaban de la máquina. Las cintas eran succionadas ávidamente y el cadencioso tabletear pareció rechazar la embestida enemiga.

De pronto, sin que nadie supiera cómo habían logrado llegar tan cerca, a menos de diez metros surgió un pelotón de sucios soldados enemigos. Varios cayeron, pero otros lograron alcanzar la trinchera.

Thomas disparó contra uno cuando veía cerca de su rostro la bayoneta larga y delgada. Le alcanzó en el vientre y el otomano cayó de espalda. Sobre él pasó otro, que se lanzó sobre la trinchera aliada emitiendo un grito incomprensible. Thomas lo ensartó mientras caía. Tuvo que usar el pie para sacarle la bayoneta, que volvió a pasar sobre la

trinchera. Sus ojos se fijaron en el color rojo que ahora tenía, en lugar de brillante acero.

Se volvió. El turco aún se movía, chapoteando en el fango del fondo de la trinchera. Tenía las manos sobre la gran herida de la que manaba abundante sangre que teñía de rojo el barro. Era una herida mortal, pero que le prolongaría la agonía.

Thomas empuñó su revólver y le disparó a la cabeza. El turco quedó inmóvil.

En aquel momento escuchó maldiciones a su derecha. Miró hacia allí. Los sirvientes de la ametralladora luchaban para ponerla de nuevo en funcionamiento. Se había encasquillado en el peor momento. Humeante, la bajaron y uno comenzó a trabajar en ella.

De entre el humo de las explosiones de las granadas apareció un montón de turcos. Y al frente de ellos iba el oficial que poco antes Thomas había intentado abatir, logrando solo arrebatarle el fez de la cabeza.

A pocos metros de él, a la izquierda, se combatía cuerpo a cuerpo. Fusiles y rifles entrechocaban y los aceros de las bayonetas producían un espeluznante chirrido al vibrar.

El capitán miró angustiado cómo el ala izquierda de su posición corría serio peligro. Ordenó al cabo Fischer que llevase allí algunos hombres, aunque él no podía realmente prescindir de ellos. Pero si los turcos penetraban por aquel lado recorrerían la trinchera en poco tiempo, de un lado a otro. El soldado pelirrojo hincaba las rodillas en el barro. De su hombro derecho salía sangre y su rostro palidecía intensamente.

Thomas no pudo hacer otra cosa que olvidarse de él y poner su atención en el ataque directo que estaban sopor-tando.

De pronto vio delante suyo al oficial turco. Su uniforme azul estaba lleno de barro y sangre. Su sable aún relucía en su acero. La mano que tenía la pistola se adelantó hacia

Thomas y este vio horrorizado cómo el gatillo se curvaba bajo la presión del dedo de su enemigo.

Pero el percutor cayó sobre un cartucho ya disparado. El turco miró con furia su revólver y lo tiró lejos. Blandió el sable y saltó a la trinchera.

Con la culata del rifle, Thomas le golpeó en la espalda.

Lo alzó para descargar un nuevo golpe y entonces el turco se volvió para mirarle. Tenía el sable debajo de su cuerpo y no podía defenderse con él.

Thomas se quedó con el rifle levantado, dirigiendo la punta de la roja bayoneta contra el pecho de su enemigo. Vaciló. Pensó que aún no estaba demasiado embriagado con el combate y le faltaba valor o maldad para matar a aquel valiente enemigo que le miraba sin parpadear, como si quisiera ver llegar la muerte con todos sus sentidos.

Seguía dudando, sintiendo que el rifle temblaba entre sus manos. El turco tenía un rostro oscuro. Su pequeño bigote se curvó hacia arriba cuando sus labios empezaron a dibujar una sonrisa burlona, como burlándose de aquel británico que no se atrevía a matarle.

Thomas se obligó a actuar. Sus dedos se agarrotaron alrededor del arma y estaba a punto de lanzarla hacia su enemigo cuando sintió que a su alrededor el aire caliente de la batalla se tornaba gélido.

Fue un frío inesperado, glacial. Luego, todo se volvió oscuro.

## CAPÍTULO II

El general Larmi3n tendi3 la mano para ayudar a la princesa Asiara. Cuando esta se coloc3 a su lado sobre la roca pulida por miles de a3os de lluvias, dijo se3alando hacia el fondo del cr3ter:

—Ah3 est3, Alteza.

La mujer, joven y hermosa, mir3 hacia abajo. La ladera del cr3ter de roca negra se hund3a hasta m3s all3 de los doscientos metros. En el fondo, pese a todo, pod3an verse las antiguas construcciones.

Asiara siempre consider3 la leyenda como producto de la fantas3a de trovadores y poetas. Desde que naci3 escuch3 y ley3 infinidad de veces hablar de las ruinas de Torvae. Fue un tema que la interes3 y ayud3 a pasar las largas noches invernales all3 en Untionil, la capital del reino.

Ahora, sin embargo, las ten3a al alcance e la mano. Se sinti3 emocionada y volvi3se hacia su fiel general y consejero.

—Nunca supuse que existieran, Larmi3n.

El veterano general sonri3 complacido.

—Admito que tambi3n yo ten3a poca fe en que fuera verdad, Alteza. Aquellos viejos documentos encontrados en los s3tanos de palacio afirmaban lo contrario, pero... No s3. Creo que es demasiado fant3stico para ser verdad. Confieso que pens3 que fueran falsos.

—No lo son, general. Ah3 est3 Torvae, la reliquia de nuestros antepasados. Son las m3quinas que hace milenios les trajeron a este planeta, confiando hallar aqu3 una paz que nunca lograron plenamente.

El general movió la cabeza con pesimismo.

—No se haga excesivas esperanzas, Alteza. Torvae estuvo muchos siglos perdida. Nada asegura que aún funcione.

Ella le miró con despecho, como si las prudentes palabras del militar la molestasen.

—Confiemos que los dioses sean benignos con nosotros y nos permitan huir de aquí, del horror de los yuskaes antes de que sea demasiado tarde.

El general se encogió de hombros. Luego se dirigió hacia el valle y realizó varias señas a los hombres que esperaban a poca distancia de ellos.

—Debemos bajar cuanto antes, Alteza. Aún nos quedan seis horas de luz diurna. Las estrellas son pocas en ofrecernos medios para trabajar de noche.

Subieron varios guerreros y un grupo de expertos montañeros. Una vez en las pulidas rocas negras del borde del cráter, ante la visión de la mística Torvae, varios lanzaron murmullos de temor ancestral.

La princesa paseó entre ellos sonriente, dándoles ánimos. Fue la primera en bajar, pese a las protestas del general.

Con gran pericia, Asiara usó las cuerdas para ir descendiendo por las ásperas laderas internas del cráter. Larmión la siguió nervioso y luego varios soldados y montañeros que tuvieron que emplearse a fondo para poder alcanzar, con otras cuerdas, a su princesa.

Ella fue la primera, empero, que saltó y anduvo por la llanura cubierta de grandes baldosas que rodeaban Torvae.

Ante ellas, alzándose majestuosas hacia el cielo, estaban las torres cilíndricas. Eran seis unidas por una muralla de bloques de metal. Los trovadores y escritores habían descrito a la misteriosa Torvae como un cúmulo de ruinas, testimonio triste de la pasada gloria de Alombaga y demás pueblos Ohba.

Pero ante Asiara se alzaban orgullosas las edificaciones que tenían milenios.

La explanada que separaba la circular fortaleza de los muros del cráter estaba muy deteriorada. Las losas de piedra negra mostraban ausencias en muchos puntos, asomando la sucia tierra cenicienta que habían intentado cubrir.

—No son ruinas, Larmión —susurró la princesa, extasiada ante aquella visión—. Torvae aún rendirá grandes servicios a los pueblos de Ohba.

—Eso suponiendo que la fuerza que un día hizo funcionar a Torvae esté intacta, Alteza. Pero yo dudo que aún tenga utilidad alguna esta reliquia del pasado.

—¿Por qué?

—Sencillamente, fue abandonada. Tal vez algo no funcionó un día y nuestros antepasados se marcharon de aquí.

Vigorosamente, Asiara negó con la cabeza.

—No puede ser así. Yo creo que cuando nos trajeron a Ohba nuestros antepasados pensaron que este planeta sería siempre acogedor para nosotros. Pasó el tiempo y ellos murieron y la realidad se tornó leyenda. Nadie supo ya la ubicación de Taskae. Entonces este mundo nos mostró la faz tenebrosa y desde entonces hemos estado luchando por conservar algo que cada día nos resulta más difícil de tener en nuestro poder.

—Tal vez tenga razón su Alteza, pero...

—Entremos y saldremos de dudas —dijo ella con determinación.

Solo dos oficiales les siguieron. Los demás soldados, acompañados por los montañeros, se quedaron lejos de la entrada de Torvae, formando un apretado grupo, apoyados sobre sus lanzas, espadas y arcos. Encontraron la entrada a pocos metros, en una sección de la muralla entre dos cilindros de granito brillante.

La puerta de acero estaba cerrada, pero bastó una ligera presión del general para que esta girase sobre bien equilibrados goznes.

Al franquearla se encontraron en una gran estancia circular. Vieron las formas de las seis construcciones circulares

que el muro encerraba.

En el centro había una docena de postes de acero que se unían al lecho. De cada torre surgía un tubo que corría por el suelo y al llegar hasta los postes se dividía en dos y, separándose hasta confundirse con cada soporte del lecho, ascendía por él rodeándolo.

—Todo está demasiado frío, Alteza —susurró el general.

—Hace demasiado tiempo que no ha existido aquí el calor humano, general.

—Ahora que estoy ante esto, legado de nuestros antepasados, me pregunto si no hemos confiado excesivamente en un sueño imposible de realizar, mi princesa —musitó, abatido, Larmión.

Ella se volvió hacia él.

—¿A qué viene eso ahora?

—¿Qué sabemos nosotros de cómo funciona esto, Alteza?

Ella se volvió. Miró los gráficos esculpidos en los muros de granito. Eran caracteres antiguos, pero legibles.

—Ahí debe estar la explicación, general —dijo ella con firmeza—. Conozco bastante bien la escritura antigua. Solo necesitamos tiempo. Acamparemos aquí.

—No es tiempo lo que nos sobra, princesa —suspiró el general.

—Lo sé; los yukaes están penetrando en Mistule y pronto lo harán en Taskae. Nos rodearán pronto y nos acorralarán en el mar. Pero podemos arriesgar aquí cinco o seis días.

—Creo que sí —asintió el general.

—Entonces, manos a la obra. Necesitaremos antorchas, papeles y mesas. Que lo traigan todo. Trabajaremos aquí y dormiremos fuera.

\* \* \*